

Eliannet Paola García Hernández

HISTORIAS  
DEL RÍO

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Eliannet Paola García Hernández

# HISTORIAS DEL RÍO

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



Primera edición: 2019

© 2019, Eliannet Paola García Hernández

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura

Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124

Fraccionamiento Portal del Agua

Colonia Centro, Villahermosa

C. P. 86000

Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-80-9

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*Para mi abuelita Hermelita  
y mi tío Arnulfo,  
que viven en mis recuerdos*

*A mi madre Blanca Estela,  
por no darse por vencida conmigo,  
a mi esposo, hijos y hermanos  
por todo su amor*

*A las locuras de mi padre*

Porque a veces no solo basta que te lo cuenten cuando eras niño... porque te contaron la misma historia tantas veces, tantas voces... porque los detalles cambiaban al tiempo que tú lo hacías... porque la niña ha crecido.

El río se hizo angosto, las voces de quienes las contaron se han ido, el tiempo cambió los detalles tejiendo nuevas versiones y lo que yo hoy te cuento es solo el eco de las historias, mezcladas con los recuerdos antes de que naveguen en el olvido.

## LA MALDICIÓN DE ENOC

*El patriarca Enoc, el séptimo después de Adán,  
dijo de ellos estas palabras: El Señor viene con  
miles de ángeles para juzgarlos a todos  
y pedir cuentas a los impíos por todas  
las obras malas que cometieron:  
castigará todas las palabras injuriosas  
que los impíos pecadores lanzaron contra él.*

*Carta de Judas 1, 14-15*

El río González era la principal ruta de acceso al pueblo. En la tierra barrosa de la orilla se agrupaban las embarcaciones que la población utilizaba para transportarse. Las pocas casas grandes construidas de ladrillo, con techos altos de tejas rojas, jambas rematadas por dinteles gruesos en forma rectangular y puertas de madera fina al frente de los terrenos, resaltaban de entre el resto, construidas en el centro o fondo de los solares sembrados con árboles frutales de gran tamaño, propios de las tierras tropicales, hechas con palma o tablas de diferentes maderas. Corrían los primeros años del siglo XIX.

El calor del mediodía era agobiante, la ausencia de viento se notaba en las ramas de los árboles, inmóviles. Los rostros sudorosos y la fatiga al respirar eran el resultado de la humedad del ambiente. En el pueblo, la mayoría de los habitantes se mecían en las hamacas tendidas bajo la sombra de los árboles en los patios, tomando pozol o «agua de tiempo» para refrescarse. Pocos eran los caminantes bajo los inclementes rayos del sol de esa hora y hasta después de las tres de la tarde. La calma presagiaba tormenta.

Un día, en punto de la hora de la misericordia, apareció por la entrada del camino del río. Era un hombre de apariencia encorvada, encanecido completamente, con cabello largo hasta los hombros, bigote y barba abundantes; no parecía sufrir por el calor. Bajo el sombrero chontal, su rostro marcado por las arrugas y mirada serena se complementaba con una sonrisa afable, enmarcada por una expresión de bondad perceptible para cualquiera.

Las sandalias de cuero en sus pies empolvados reflejaban el largo camino recorrido. A pesar de ello la camisa de manta blanca y el pantalón del mismo

color sin mayor confección que las tiras que lo ceñían a la cintura, se veían impecables. Cruzado sobre el torso llevaba un morral de henequén que se movía a cada paso que daba. Se detuvo en la verja de don Francisco Ángel, mejor conocido por los malos del pueblo como Paco Gelo, que se hamaqueaba con entusiasmo para estar fresco después de la siesta de la comida.

El hombre puso las manos abiertas a los lados de la boca y exclamó:

—Buenas tardes le dé Dios, señor.

La voz no parecía la de un hombre viejo, era firme y fuerte, con un acento que no era habitual en esas tierras, pero don Paco, amodorrado aún, no lo notó y le respondió con cortesía:

—Buenas tardes le dé Dios a usted también, señor.

—Oiga, buen hombre, podría regalarme un vaso con agua. Vengo de muy lejos y tengo mucha sed. Esta es la primera casa que encontré en el camino y por ello le doy la molestia.

—Claro que sí, tío, pase, la reja está abierta. Véngase pa' la sombra, sólo a usted se le ocurre andar caminando a esta hora y con sus años. Antes diga que no le pasó nada más. ¡Olga!, trae un vaso de bebida para el señor.

—Ya va —contestó Olga, la esposa de don Paco.

—Disculpe, ¿cómo se llama usted? —preguntó don Paco.

—Tiene razón, disculpe, soy Enoc, el profeta —dijo sin cambiar la expresión serena del rostro.

Al escucharlo, don Paco dejó de columpiar la hamaca y se sentó bien en ella. Ladeó un poco la cabeza y se le quedó mirando con gesto de interrogación. Después de un minuto de ver el rostro del hombre sin inmutarse, entendió que lo decía en serio. Al menos él lo cree, pensó. A pesar de ello no lo contradijo. En ese pueblo pocas veces sucedían cosas interesantes.

Olga volvía con el vaso de agua de guanábana justo en ese momento y se lo entregó con amabilidad. El hombre, atormentado por la sed, lo consumió en dos tragos. Francisco no le quitaba la mirada de encima. Sus maneras y comportamiento eran sencillos, y consideró que no era un loco peligroso.

—Gracias, venía con mucha sed. Predicar es un trabajo difícil. Si no fuera mucha molestia, ¿puedo sentarme a descansar en lo que baja el sol? Aún me quedan muchos lugares por recorrer para dar a conocer la palabra. Hoy por la tarde planeo hacerlo en el centro del pueblo, antes de que se desate el aguacero por la noche; después de predicar me marcho. No quiero que se repita lo que pasó ayer.

Olga volteó a ver a Francisco; ese tipo de decisiones le pertenecían a él. Intrigado por lo que dijo Enoc al final, su esposo contestó:

—Claro que sí. Puede quedarse a descansar. Sólo le pido una cosa a cambio.

—Usted dirá, señor.

—En este pueblo pocas veces hay oportunidad de platicar con gente de otros lados y usted se me hace alguien interesante. Me gustan las historias. Le puedo ofrecer un plato de comida y una hamaca para descansar en tanto cae la tarde y a cambio usted me cuenta qué le pasó ayer, ¿le parece?

—Me parece justo. Sin embargo, le advierto que es probable que no crea lo que le contaré.

—Ya veré, ya veré. Por lo pronto pase a la mesa. Olga, dale a este buen hombre un plato de comida.

Olga le sirvió un plato de puchero de res; el vapor de la comida caliente hizo salivar a Enoc. Después de saciar su hambre, el agua del pozo fue su consuelo para refrescarse. Francisco observaba curioso todo lo que el «profeta» hacía. Al verlo más tranquilo lo instó a que contara su historia.

—Y bueno, ahora que ya está satisfecho y lo veo más repuesto, ¿cree que puede contarme su aventura de ayer? Porque supongo que ha sido una aventura, ¿o me equivoco?

Enoc sonrió y dijo:

—Con gusto. Ha sido muy amable y hospitalario conmigo, no puedo hacer menos que relatarle lo acontecido. Tarde o temprano se enterará por boca de la gente, pero usted podrá dar constancia de la verdad cuando termine de predicar hoy.

Mientras Enoc se acomodaba en la hamaca e iniciaba su relato, Francisco encendió un habano casero.

—Hace dos días decidí visitar un pueblo al que los pobladores llaman Frontera. Llegué por la mañana y caminé a la plaza principal. Durante el trayecto fui pidiendo en las casas algo de beber y de comer, muy pocas personas fueron amables. En algunas casas apenas aceptaron darme un vaso de agua, ya ni qué decir de un bocado de comida. Supe entonces que en ese lugar los pobladores, algunos por temor o desconfianza natural, no recibían fácilmente a los extranjeros. Pero no perdí la esperanza. Al llegar a la plaza me puse a predicar, la tarde estaba dando paso a la noche. Mientras lo hacía, algunos curiosos se acercaron, la mayoría eran mujeres y niños. Con ánimos renovados los incitaba a ser piadosos con sus semejantes, a respetar y amar a Dios nuestro Señor y sus



leyes. Durante un rato me escucharon y yo confiaba en que mi labor estaba dando fruto en aquellos corazones. De pronto un niño se me acercó, creí equivocadamente que era para saludarme. Bajé el rostro hasta él y entonces me dijo:

—¡Váyase pronto de aquí! Dice mi mamá que los rojos lo pueden lastimar, que aquí está prohibido hablar de ese tal Dios.

—Imaginen mi sorpresa ante tales palabras proferidas por la boca de un ser tan inocente.

—No está muy alejado de la verdad —dijo Francisco—, la situación es muy peligrosa para todos aquellos servidores de Dios. Debieron advertirle antes. Tal como se lo dijo el pequeño, se lo repito yo ahora: usted es un hombre ya entrado en años, qué necesidad tiene de exponerse así por estas tierras de nadie. Los rojos no distinguen edad o condición. Aquí han venido y se han llevado con destino incierto a varios, no hemos vuelto a saber de ellos y si alguien se arriesga a preguntar lo más seguro es que sufra la misma suerte. Gente que ha viajado a Villahermosa relata cosas difíciles de creer. Un viajero de telas contó que ponían a los santos en las banquetas, en formación de fusilamiento, y los rojos disparaban contra ellos. Le decían a la gente que lo mismo iba a pasar con todos aquellos que continuaran esparciendo la ignorancia de la religión, atrasando el progreso del estado. Por eso el párroco del pueblo se fue asustado al oír que colgarían a los sotanudos en los campanarios.

—Pues sí, ahora lo sé. Pero no sería quien soy si eso me asustara. Así que retomé las palabras del Eclesiastés: «Me dediqué a ver dónde están la sabiduría y la ciencia, la estupidez y la locura. Pero ahora veo que aun eso es correr tras el viento. Cuanto mayor la sabiduría, mayores son los problemas; mientras más se sabe, más se sufre». Ni bien había terminado de decir eso cuando mi cuello se extendió hacia atrás por un brusco jalón, mi rostro fue impactado por los nudillos de un puño tan duro como una roca. Como si un costal hubiera sido azotado contra el piso, así caí atolondrado. Mis costillas crepitaron al embate de unos botines negros, cuyo lustre, salpicado por la sangre de mi boca, se vio manchado. Los enardecía escucharme pedir compasión. No supe más de mí.

—¿Y dice usted que fue ayer? No puede ser, si así fuera...

—Entiendo su confusión, pero espere a que termine mi relato. Pronto comprenderá. Me despertó el frío súbito en mi rostro; al gritar, una bocanada de agua helada me hizo toser en un ahogamiento fortuito. El agua de pozo de las cubetas caló mis huesos mientras los hombres de camisa roja y cabello raso reían

inmisericordes. Uno de ellos me alzó en vilo para colocarme en una silla de madera. Supliqué en vano cuando vi las afiladas hojas brillar al abrirse y cerrarse en las manos de aquél que tomó mi larga barba para de un solo tajo dejarla a ras de piel, tanto, que mutiló un fragmento de ella. Las hojas, así viscosas, trasquilaron mi cabello manipuladas por el bestial ser. Lo que otrora era una blanca cabellera se transformó en sanguinolenta alfombra de cuero, mi rostro no se reconocía debajo del hierro líquido que empañaba mis ojos. Lejos de compadecerse, expusieron mi frágil humanidad a la mirada curiosa de muchos y atemorizada de otros, mas nadie hizo nada por ayudarme. Grité con todas mis fuerzas por un hombre justo pero el miedo fue mayor; entonces, acorde a la ley de Dios les dije: «Maldito el que no respeta el derecho del forastero, del huérfano y de la viuda, a partir de hoy, yo, el profeta Enoc, les digo que este pueblo no verá prosperidad, este puerto jamás arribará y que el fuego lo ha de devorar con la misma bestialidad que me han tratado».

Olga, que al principio escuchaba en la puerta del patio, se acercó a Francisco. La voz de Enoc se había transformado, ahora era grave, poderosa, seria. El rostro endurecido al terminar la última frase se acompañó de un firme ademán amenazante. Enoc estaba de pie y miraba fijamente a Francisco, quien comprendió que hablaba muy en serio.

—Sólo aquellos que brindaron una mínima atención tendrán piedad, pero de ahí en más, mis palabras serán recordadas a través del tiempo —concluyó Enoc.

Sereno, volvió a tomar su lugar en la hamaca.

—Me parece difícil de creer, si así fuera estaría usted muy lastimado. Dice que fue ayer, pero no se ven señas de golpes en su rostro.

—Dios es mi fortaleza. El Señor protege y engrandece a quien le sirve. Y gracias a usted, este pueblo se ha salvado de la ira del Señor, por ello será compensado. Su casa y su familia verán prosperidad gracias a su bondad. Ahora me marcho.

—¡Espere! ¿No va a predicar?

—Por supuesto, sólo necesito un momento.

Enoc salió por la reja y enfiló sus pasos de vuelta hacia el río. Francisco y Olga lo miraron alejarse; unos metros más adelante, sin más, desapareció. Corrieron hasta el lugar, buscaron durante un rato y no lo hallaron.

Al regresar al patio grande fue su sorpresa al ver a Enoc sentado como si nada en la hamaca.

Enoc dijo entonces:

—Me despido, es hora de predicar. Dios con ustedes.

Salió nuevamente y se dirigió al parque, detrás de él iban Francisco y Olga.

Enoc comenzó su prédica y poco a poco se acercaron algunos habitantes. Francisco y Olga cuchichearon con algunos acerca de lo que el profeta les había referido. Al final del sermón varios se acercaron a pedirle la bendición y le dieron fruta y agua para el camino.

Las primeras gotas de lluvia desataron el petricor en el ambiente.

El profeta Enoc se despidió una vez más y retomó su camino.

Los relámpagos iluminaban la oscuridad, a lo lejos la figura encorvada fue iluminada intensamente por uno de ellos y entonces, simplemente, desapareció.

Al día siguiente corría como reguero de pólvora el rumor de lo acontecido en Frontera.

Un viejo loco vestido de blanco había sido castigado por los rojos al desobedecer la ley anticlerical, bañado con agua fría, golpeado y trasquilado por su insolencia contra la autoridad.

Lo raro del caso es que después de proferir una supuesta maldición al pueblo logró soltarse de sus captores y corrió hasta desaparecer en medio de un gran relámpago.

El barbero que le cortó los cabellos no podría desempeñar nunca más el oficio: sus manos y pies torcidos, igual que raíces de un árbol, eran el recuerdo de aquella violenta acción.

## EL RÍO

• A dónde vas, abuelita?, preguntó la niña desde su cama.

¿ —A partear, ya lo sabes. ¿A qué otra cosa puedo salir a esta hora de la madrugada?

—¿Puedo ir contigo?

—Si te apuras puedes acompañarme; nunca está de más la ayuda cuando se atiende un parto.

No había terminado la frase y la niña ya estaba en pie, tentando el piso para encontrar sus zapatos. Se vistió rápido, no quería darle tiempo a su abuelita para arrepentirse.

La abuela esperaba en la puerta de la casa junto al esposo de la parturienta. Con una mano sostenía la pequeña maleta cuadrada color gris que contenía todo lo necesario para sus labores; los de la Secretaría de Salud se la obsequiaron unas semanas antes. En la otra mano tenía su mandil.

A la niña le temblaban las manos por los nervios, apenas y pudo atarse el cabello. Sentía gran curiosidad por ver el nacimiento de un bebé por primera vez en su vida. Al mismo tiempo la invadía el temor de ser regañada en caso de que le dieran náuseas y vomitara o, peor aún, se desmayara cuando la sangre brotara y salpicara todo.

Apuró el paso hasta el dintel, levantó la cabeza y como si fuera ella la partera dijo con voz firme:

—Ahora sí, vámonos.

—¿Va llevá la niña, abuelita? —preguntó el hombre.

—Es mi ayudante por hoy —dijo con tono de satisfacción la abuela—. Anda, agarra la maleta, Gaby, y cuidadito con dejarla caer.

La niña tomó el asa larga de la maleta y se la cruzó sobre el pecho, puso la maleta hacia un lado y con su mano agarró el asa pequeña con tal fuerza que las puntas de los dedos se pusieron aún más blancas.

Mientras caminaban por la carretera principal del pueblo, que era la única pavimentada, Gaby miraba los cucarachones arremolinados debajo de las lámparas de la calle. Evitaba aplastarlos, porque le provocaba ñáñaras el crujido

que hacían sus caparazones cuando los pisaba por accidente y por la mescolanza que salía de ellos una vez reventados. Aún no terminaba de acostumbrarse a algunas cosas del pueblo.

Al llegar a la esquina de la cuadra tomaron el camino de tierra para dirigirse a la orilla del río. La luz de la última lámpara que cruzaron se desvaneció pronto; Gaby no alcanzaba a ver nada. El grupo se detuvo un momento, los adultos sacaron los focos de mano para continuar la marcha. Mientras lo hacían, la niña miraba el cielo con la esperanza de que el brillo de la luna desvaneciera un poco la oscuridad, pero no sucedió, grandes nubarrones la ocultaban en ese instante. Una brisa ligera comenzó a sentirse.

—Hay que apurarse, no vaya a empezar a lloviznar, luego el río se agita mucho —dijo el hombre.

—¿El río? —preguntó la niña.

—Sí, vamos al otro lado del río —contestó la abuela.

—¿Vamos a cruzar en lancha?

—No, chamaca, vamos a cruzar en cayuco. ¿Ves esa lucecita al fondo? Es el quinqué de la punta del cayuco, pa'allá vamos —dijo el hombre.

La falta de luz no dejó que vieran su cara de miedo, de haberlo hecho, seguro se reían de ella o la regañaban por andar de salamera. Las únicas dos o tres veces que cruzó un río lo había hecho en la vieja panga. Pero, a lo hecho, pecho, pensó sin más. Ya estaba ahí y no podía echarse para atrás. La curiosidad mató al gato, decía su tío, y su curiosidad era más grande que su miedo o al menos trataba de convencerse de ello.

No cualquier niña de siete años podía jactarse de haber asistido un parto en el pueblo, mucho menos en la ciudad de dónde venía, ahí, ni en sueños podría conseguir ver un nacimiento.

Las piernas le temblaban cada vez más conforme el terreno se iba haciendo lodoso, el chacualeo que hacían al desenterrar los pies de la arcilla de la ribera a cada paso la hizo sudar. Por fin llegaron al cayuco.

—Con cuidado abuelita —dijo el hombre mientras subía al cayuco—, primero la niña para que quede en medio y se nivele bien el peso.

—Anda Gaby, dame la maleta para que trepes —dijo la abuela.

El hombre le tendió la mano para que se subiera.

—Agáchate para que no te caigas —le dijo.

A pesar del fresco de la noche y del aire que ahora soplaba un poco más, Gaby sudaba copiosamente, incluso parecía que se había mojado las manos, pero no

decía nada, solo sonreía nerviosa.

Su abuelita se subió al cayuco y se puso en cuclillas delante de ella; la maleta iba en el espacio que quedaba entre ambas.

Haciendo acopio de valor, Gaby preguntó a su abuela:

—¿Por qué te dice abuelita el señor?, ¿es hijo de alguno de mis tíos?

Sin poder contener una sonrisa, la abuela le contestó:

—Me dice abuelita porque cuando él nació yo atendí el parto. Aquí es costumbre decir abuelita a la partera que te ayudó a venir al mundo, como señal de respeto y cariño. Por eso también me piden la bendición cuando me encuentran en el camino.

Mientras conversaban el cayuco se alejaba un poco de la orilla para girar la proa hacia lo ancho del río. El movimiento al inicio era suave, conforme se integraban a la corriente le pareció que el cayuco temblaba al ritmo de ella, era eso o sus piernas cansadas de ir en cuclillas. Decidió que lo mejor era dejar de pensar y disfrutar el paisaje que le ofrecía el cielo.

A cada golpe del canaleta la frágil embarcación avanzaba y con ello las nubes iban quedando atrás, dejando al descubierto una espléndida luna llena. La luna le parecía una gran moneda de plata con el conejo estampado al centro, la escarcha que bañaba el cielo era tan densa que no creía que realmente fueran estrellas.

El río parecía un ancho camino de cientos de hormigas negras que el vértice del cayuco dividía conforme avanzaban. No alcanzaba a ver la orilla; eso la puso nerviosa nuevamente.

Comenzó a recordar las historias que las panzonas contaban cuando iban a tallarse la barriga para acomodar al bebé. Tantas veces escuchó cómo eran los partos que en su cabeza era toda una experta en la materia, a pesar de que era la primera vez que acompañaba a su abuela a uno.

Ya estaba prevenida de lo que le haría la abuela si salía con su batea de babas a la hora de la hora, pero no se amilanó. Si quería ser médico tenía que acostumbrarse a esto.

Por fin distinguió una luz a lo lejos. El hombre se dirigió hacia allá. Conforme se acercaban el movimiento del cayuco se volvía más brusco hasta que se aproximaron al manglar, donde todo volvió a ser calma.

Descendieron y al aproximarse a la rústica casa sintió que el corazón le salía del pecho, el sudor bañaba su rostro y espalda; sentía el estómago pesado, las tripas empezaron a sonar como cuando les daba hambre, sólo que en lugar de eso le

dieron ganas de ir al baño, pero si decía algo segurito se la sonaban. Suspiró con fuerzas y apretó el paso. Nadie se daría el lujo de contar que Gabriela Hernández había valido gorro en su primera salida como ayudante. Como decía su tío: «hay que tener educada la cola para que sólo presente fuga en su casa». Sonrió mientras pensaba en ello.

Entraron a la casa y entonces la vio. Acostada, sudorosa, con la bata de dormir levantada a la altura de los senos, quejándose sobre un catre de madera tejido en henequén estaba la parturienta; a su costado la madre le sobaba la espalda con fuerza.

La abuela tentó la panza de la muchacha mientras Gaby miraba expectante. Sus pequeños ojos estaban concentrados en las manos de la comadrona y en esa barriga que por ratos se estiraba tanto que parecía iba a reventar la piel. La joven, con la cara contraída en un rictus de dolor, pegaba uno que otro grito arqueando la espalda y retorciéndose un poco; de entre sus piernas escurría un líquido ambarino mezclado con sangre.

—Uno, dos, tres, cuatro... —contaba su abuelita con la mano sobre la panza—. ¡Pásame el pinar! —le ordenó.

Gaby vio que su abuela movía la boca y no lograba entender nada; estaba aturdida ante la escena, justo lo último que deseaba le sucediera.

—¡Que me pases el pinar para escuchar al niño, Gaby!

—¡Despabílate, chamaca! —le dijo el hombre, dándole un empujoncito.

Abrió la maleta buscando el pinar entre los paquetes de papel estraza que envolvían las gasas estériles, las pinzas, las tijeras, la caja de metal con las jeringas de cristal y las agujas.

—¡Acércate con la maleta, rápido! —urgió la abuela.

La niña se levantó con la maleta abierta y tropezó sin caer, pero fue suficiente para volver a la realidad.

—Avívate, caramba, que no tenemos tiempo, y si no puedes, mejor siéntate afuera con los demás, ya después hablamos tú y yo.

—No, abuelita, aquí está el pinar. Yo puedo.

No era momento para dudas. Respiró profundo, recordó sus enseñanzas, no podía defraudarla y hacerla quedar mal. La abuela había aceptado enseñarle después de conocer sus deseos de ser médico. No iba a permitirse el lujo que se rieran de ella. Temblaba y sentía las lágrimas a punto de brotar pero se contuvo. Yo no soy una chiquita chillona, yo soy fuerte y voy a ser doctora y los doctores no le tienen miedo a la sangre... pensaba haciendo acopio de valor. Su abuelita se

puso de pie y se inclinó sobre la embarazada que se tensaba cada vez con más fuerza.

—Eso espero —dijo la abuela mientras pegaba a la panza el cono del pinar y apoyaba la oreja en el extremo aplanado, justo en el orificio por donde escuchó el latido del niño. Gaby lo sabía muy bien porque ya le había enseñado una vez cuando preguntó. Hecho esto se puso en el extremo del catre; la joven se colocó en el borde con las piernas abiertas.

—Ponte a mi lado, Gabriela —dijo mientras se colocaba el mandil.

—Sí, abuelita.

Se sentó en un banco de madera pequeño. Ahora la va a explorar, pensó.

—Pásame el plástico, rápido.

Se paró con la maleta abierta y sacó el envoltorio del plástico que la abuela puso debajo de las nalgas de la joven.

Efectivamente la abuela comenzó a meter la mano entre las piernas de la mujer, quien dio un grito de dolor mientras Gabriela abría los ojos al ver cómo brotaba el líquido de la fuente materna. Su posición privilegiada le permitió ver, unos minutos después, cómo asomaba un bulto peludo por entre la abertura de la parturienta.

—¡Puja! —apremió la abuela a la joven que se esforzaba por contener el grito para no perder fuerza. Después de unos segundos le ordenó:

—¡Deja de pujar! No termina de bajar el niño. Descansa un momento, respira tranquila.

No podía ser cierto. Gaby había escuchado que cuando eso pasaba seguro era porque el niño estaba lazado o cabezón. Pero no abrió la boca, no quería ser inoportuna. «Segurito ahorita va a tentar el cordón», pensó.

La abuela exploró nuevamente a la madre y después de un instante dijo, limpiándose el sudor con su paliacate:

—Está lazado. Por eso no baja. Dame el aceite, Gaby.

Embadurnó su mano derecha, mientras la niña se sentía poco a poco dueña de la situación. Metió otra vez los dedos y le pidió a la madre que pujara. Rápidamente liberó el cordón que rodeaba el cuello del bebé. De inmediato asomó la cabeza, pero algo no estaba bien.

La cabeza era un poco alargada, no redonda como los bebés que ella conocía. Se suponía que debía dar un grito al nacer, ser de color rosado, pero no.

Su abuela maniobraba para terminar de sacarlo y mientras esto hacía le pidió a la madre que pujara una vez más y por fin...



—¡Ya salió! Es una niña —gritó Gaby sin poder contener la emoción—. Pero ¿por qué no llora? —preguntó bruscamente.

—¡Dame las pinzas y la tijera! ¡Pasa la perilla, pon la sábana, saca las gasas!...

Las viejas manos se movían con una habilidad que ella jamás había visto; en segundos pinzó y cortó el cordón. Frotaba enérgica la espalda de la niña, le dio una nalgada y nada, no lloraba.

—¿Por qué esperaron tanto para ir a buscarme? Gaby, es hora de que ayudes a que salga la placenta.

La abuela se paró con la bebé mientras Gaby tomaba la pinza que estaba encima del vientre de la madre. Era crucial hacerlo para evitar que la madre se desangrara, ese era el momento de demostrar su valía. El olor a orín y excremento le chocó en la nariz cuando se acercó a tomar la pinza; nadie le había advertido sobre eso, le dio asco, pero no vomitó. Miró a la joven madre que, fatigada, sólo acertaba a sollozar mientras veía a la partera colocar la bebé en la sábana y sintió ganas de llorar por ella. Recordó las muchas veces que su madre y su tío le habían dicho que de nada servía llorar cuando se puede ayudar y se apresuró a cumplir con lo que tenía que hacer. En ese momento entendió cuán delicado era el asunto y que concentrarse en lo aprendido era fundamental. La partera dio indicaciones a la madre, debía inyectar algo a la joven en la nalga y apoyar a Gaby mientras ella seguía con la bebé, que parecía una muñeca de trapo entre sus manos. La mujer obedeció con los ojos llenos de lágrimas, en medio de rezos y súplicas a la virgen y todos los santos. Los minutos parecían eternos.

La abuela vigilaba sin dejar de maniobrar con la pequeña, que apenas daba unos quejidos. En silencio Gaby comenzó a rezar también, prometía no volver a quedarse inmóvil y estudiar mucho si la niña se salvaba:

«Un grito es todo lo que te pido, diosito, que la bebé lllore; mira a su mamá, está muy triste, no la abandones», repetía en su cabeza sin cesar.

Las pequeñas manos de Gaby trabajaron con tal delicadeza que parecía haberlo hecho antes; poco a poco la placenta fue saliendo. El olor que tenía no le gustó, le pareció que olía como las bostas frescas que alguna vez aplastó en la parcela.

—Listo abue, salió —dijo con un tono triste.

No se supone que los bebés nazcan muertos, pensaba desconsolada.

—Muy bien, sabía que no me fallarías —le contestó ella, mientras colocaba una gasa extendida sobre la boca de la criatura, sopló suavemente y entonces el tan anhelado llanto brotó.

Como si hubiese sido ella la que volvía a la vida, no pudo contener la emoción

y abrazó a su abuelita, dándole las gracias por soplarle vida a la bebé.

Se sentía eufórica, con la certeza de que su abuela era la mejor partera del mundo y ella era su ayudante.

La abuela terminó con su labor al entregar la bebé a su madre, que ahora se veía radiante de felicidad.

Todo el mundo abrazaba y agradecía a doña Hermelita, su abuela, alabándola por no darse por vencida, por su sabiduría y perseverancia para salvar a la nena.

Salieron de ahí cuando el alba pintaba sus primeros colores, después de asegurarse de que la madre y la niña seguían con bien.

Gabriela Hernández caminaba con paso firme junto a su abuela con la maleta de partera cruzada sobre el pecho, el corazón lleno de orgullo latía con fuerza, libre de miedo.

El paisaje nocturno de ida cambió por un espectacular amanecer al regreso. La niña también había cambiado su manera de ver el mundo.

Sus ojos por primera vez no sólo fueron testigos de la felicidad que provoca un nacimiento, también contemplaron el dolor que provoca la muerte. Mejor aún, vio que se debe luchar desde que se nace y que en la vida nada está dicho.

## NIÑO VIEJO

Desde que tenía uso de razón Miguel escuchaba las mismas historias cada Día de Muertos, igual que todos los niños del pueblo; le daban miedo pero no podía decirlo. Si los chamacos se enteraban, no dudarían en ponerle un apodo para fregarlo el resto de su vida, como a Concho el Puerco, que cada vez que comía sonaba igual que un chanco; o Pancha Pedorra, la presumida del pueblo, de la que decían que era tan pretenciosa que se tiraba los pedos por la nuca.

Miguel sabía que las ánimas llegaban a través de los ríos y los mares. Que por eso llovía todos los 2 de noviembre después de las once de la noche, porque vienen y se van con agua. Su tía Chona se lo había contado. Ella decía haberlas visto a lo lejos un día que no aguantó las ganas de hacer del cuerpo y terminó encerrada en el baño hasta que amaneció. Tuvo suerte de que las ánimas no la vieran, de otra manera ya no la estaría contando. «Las ánimas se llevan a cualquiera que se las tope de frente en su camino el día que regresan», sentenciaba cada vez que contaba su historia.

Por eso Miguel procuraba ir al baño antes de acostarse a dormir desde el 2 de noviembre, que llegaban las ánimas, hasta el 29 de noviembre que se iban, y si acaso le llegaran a dar ganas de orinar prefería aguantarse hasta que clareara el día. Atravesar el patio en la noche para ir al baño no era opción en esos días ni en Semana Santa.

Recién cumplió los dieciocho años se casó con Ana la Zarca y nueve meses después su relación dio el primer fruto. Ana empezó con las primeras señas de parto el 1 de noviembre. Miguel venía del campo cuando lo alcanzó Pedro el Manco, su amigo, que en realidad renqueaba porque le había dado la polio; para no ofenderlo se les hizo más respetuoso decirle «manco» en lugar de burlarse de la verdadera tragedia.

—Miguel, que dice tu suegra que vayas de una vez por la partera para tu mujer.

—Ya va ´empezá doña esta. Si me casé con su hija, no con ella. De haber sabido que iba a ser así, manque está linda y es rebuena gente, mejor no me hubiera casado. Se me hace que por eso mi suegro prefirió morirse antes de seguir aguantando a la doña. En fin, ya ni quejarse. Regresa y dile que ya fui.

—Yo por eso sigo soltero, para no andar lidiando con suegras molonas. Ora puej, ahí te veo luego.

Partieron en direcciones opuestas con sus encomiendas. Miguel fue por la partera. De regreso llegó a la casa donde su suegra ya lo esperaba con mil reclamos. Ana era la única mujer de ocho hijos. La partera la revisó, dijo que aún le faltaba tiempo y que mientras tanto tenía otra mujer que visitar, que en cuanto se desocupara volvería. Le dejó unas hierbas para que le hicieran un té.

Miguel pagó la visita y con el pretexto de acompañarla, se salió a platicar con los cuates al parque, mientras se calmaba la suegra, quien se quedó otro rato por si las dudas.

En la noche Ana dejó de tener molestias, como dijo la partera que pasaría después de tomar el té, total, aún no era el tiempo.

En la madrugada Miguel se despertó para entregar los encargos de hojas de plátano y de tó para los tamales. Con su mujer en ese estado decidió poner a cocer el maíz del pozol, la carne de puerco y todo lo que sabía que iban a usar para la comida del altar. Prefería hacerlo antes de escucharle la boca a su suegra.

Para cuando la mujer despertó todo estaba en el fogón, aun así, la suegra no pudo evitar hacer toda clase de comentarios a su yerno:

—Le pusiste mucha cal al maíz, el pozol va sabé a cal. Le faltó sal a la carne, debiste ponerle más agua a la papaya...

«Nada le embona a esta mujer», pensaba Miguel haciendo acopio de paciencia.

Después del desayuno se fue a cortar los hachones de plátano para poner los cirios de la cruz. Acomodó la mesa del altar y todo lo que su mujer le dijo que hiciera. A pesar de su suegra, él la quería y no deseaba que algo malo le sucediera.

Al mediodía todo estaba listo. Comieron después del rezo y al caer la noche fueron al panteón a quemar las velas a sus difuntos.

Después de regresar a casa puso las tablitas en forma de cruz y sobre ellas las velas de cebo encendidas. Se sentó a fumar un tabaco mientras Ana ponía la ofrenda en el altar. Estaban platicando cuando Ana se quejó de dolor en el vientre, dijo que tenía ganas de hacer del cuerpo y con todo lo que había comido ese día, pensaron que era lo natural.

Regresó del baño y después de un rato el dolor se volvió más intenso.

—Esto no me está gustando. Se me hace que ya es hora de que nazca mi nieto.

—Debe ser todo lo que comió, le dije que no tomara tanto pozol en la noche...

—¡Que era un antojo, caramba! ¿Acaso quieres que nuestro hijo nazca con cara

de pozol?

—Pues no, pero todo lo demás que te zampaste también era según antojo. El refresco de fresa, las conchas de chocolate, el merengue de guanábana...

—Pues ultimadamente para eso tiene marido, ¿qué no? Mujer querías, mujer tienes y si no puedes con el gasto dime para que ahorita mismo vaya por sus hermanos y la lleve a la casa. No te creas que estamos tan a gusto contigo en la familia. No sé en qué hora te fijaste en él, teniendo como tenías de pretendientes te viniste a embarrar con este zonzo... —reclamó la suegra.

—¡Ay, ay, ay! Me duele el vientre más recio mamá, me llega hasta la espalda. Ándate por la partera, Miguel, porque yo creo que ahora sí ya viene el niño. Ayúdame, mamá, deja en paz al hombre para que se vaya pronto.

Miguel salió rumbo a casa de la partera, pero al llegar no la encontró. Le dijeron que estaba en el ejido y ya no regresaría hasta el día siguiente. Cuando su suegra lo supo lo mandó que fuera por la otra. Para llegar allá tendría que atravesar el río y eso no le agradaba. Ya eran casi las once de la noche.

—¿Por qué mejor no te aguantas hasta la mañana? ¿Qué tal que es otra falsa alarma? Yo creo que mejor te hacemos otro tecito con las hierbitas para...

—¿Y qué tal si te largas pronto y dejas de decir burradas, Miguel? ¿O prefieres que vaya yo y la deje aquí sola porque el señor tiene flojera?

—¡Esta bien! Ya voy. Qué bien friega...

—¿Qué dijiste, Miguel?

—Que ya voy en friega, suegra, ¿qué pensaba?

—Nada, no me hagas pasar coraje y apúrate. De una vez le avisas a los chamacos, que uno se venga por cualquier cosa que se ofrezca mientras regresas.

Miguel tomó su lámpara de mano y enfiló rumbo al río. Conforme se acercaba a la ribera el viento parecía soplar más y los nubarrones oscurecían el cielo al tapar la luz de la luna.

Se sentía nervioso; las historias de su infancia le revoloteaban en la cabeza. Sumergió el canaleta en el agua, el impulso lo condujo hacia la suave corriente del río. Repetía una y otra vez que sólo eran historias para meter miedo a los niños. Sin darse cuenta comenzó a silbar una tonadilla. El sonido del agua mientras bogaba lo relajó.

En la curva del río hacia el pueblo escuchó un bullicio a lo lejos. Tenía miedo, la orilla más próxima estaba distante; no había casas cercanas y era la parte más ancha del río. En esas cavilaciones estaba cuando el otro lado de la curva se comenzó a iluminar con un tenue resplandor naranja. El barullo se hizo más

fuerte. Detuvo el cayuco. Giró para volver; el brusco movimiento enterró el canaleta hasta la empuñadura y éste cayó al agua. Pudo agazaparse. Del sobresalto se le olvidaron las oraciones. Sudaba, cerró los ojos con tal fuerza como si quisiera que los párpados se sellaran; respiraba agitado, protegía con las manos su cabeza como si ello pudiera evitar su suerte.

Acostado bocabajo en el cayuco sabía que no debía mirar, pero la curiosidad mató al gato y alzó la cabeza:

Una multitud de seres translúcidos caminaba encima del agua. Conforme se acercaban a él se transfiguraban en personas «reales». Sus alabastrinas vestiduras lo dejaron boquiabierto. Traían espelmas en las manos. Se veían alegres, ¡Como si vinieran de una fiesta! Al frente de todos ellos una figura angelada presidía la comitiva.

Por un momento el miedo se disipó y se convirtió en agradable sorpresa cuando distinguió un rostro familiar. Sintió claramente que el corazón le daba un vuelco de tanta alegría. ¡Sí, era ella, su madre!

—¡Ma...! —intentó decir. La emoción de ver también a su abuela, su hermano pequeño y su padre, entre otros seres amados, le había hecho sentarse en el cayuco con un nudo en la garganta. Parecía que no lo habían visto. Siguieron su camino.

Detrás de los cientos de almas que vio desfilar venían más. Vestidas con sayas grises traían velitas de cebo en las manos. No se veían tan festivas. Conversaban, pero no tanto como las de blanco. El ruido de su plástica no era tan intenso. Algunas se veían tristes. En esa procesión alcanzó a ver amigos que hacía apenas unos años habían muerto.

Un dejo de temor comenzó a apoderarse de él y optó por volverse a ocultar. Después de un rato todo quedó en silencio. Levantó la cabeza y justo frente a sus narices vio cientos de almas vistiendo costales de henequén atados a la cintura por un cordel de cáñamo. El grupo era tan numeroso que abarcaba todo el ancho del río. En sus manos, en lugar de velas o espelmas llevaban joloches encendidos que ardían con poca intensidad. Los rostros desesperados luchaban para que sus maltrechas antorchas no terminaran de apagarse. Se hizo bolita en la frágil embarcación a punto de casi meter la cabeza entre las piernas, nunca pensó que podía ser tan flexible.

Un lastimero llanto le erizó los pelos de la nuca, por un momento creyó que el corazón se le detenía. Sudaba frío, como aquella vez que por poco muere cuando se cayó de una mata de guaya. Trató de respirar profundo en su incómoda

posición para tranquilizarse, cuando cientos de gritos y llantos desgarradores terminaron por minar el escaso valor que tenía. Sintió que la vejiga y el vientre se le aflojaban, jamás había apretado con tanta fuerza las piernas. Por más que se cubría las orejas, los plañidos lo atormentaban sin comprender lo que decían, hasta que no pudo más y gritó:

—¡Paren ya, por favor! ¡No puedo más! ¿Qué tienen?

Hasta entonces los escuchó.

—¡Nos han olvidado, la sed nos consume! ¡Sólo la misericordia ajena nos llama! ¡Eternamente penando! ¡Sin nombre!

—Las ánimas solas, es verdad todo lo que dicen —se persignaba una y otra vez.

Una potente voz lo hizo levantar el rostro. El resplandor lo cegó.

—¿Qué haces aquí? ¡Responde! —el guardián encargado de escoltar a las almas lo había descubierto.

—Na... nada. Yo voy, vengo, no.... este... —tartamudeaba.

El guardián le tocó la cabeza con un haz de luz. Empezó a hablar fluido, movía las manos sin control a cada palabra que decía, sudoroso. Gesticulaba con lágrimas en el rostro, una risa nerviosa acompañaba su chillante voz.

—Yo soy Miguel, voy por la partera porque mi mujer está por dar a luz a mi chamaco. Le juro que yo no quería, pero ¡ya sabe usted cómo son las mujeres cuando se ponen de necias! Y para colmo, mi suegra, que no deja la tarabilla todo el día, parece cuchillito de... —no pudo decir más. Una sonrisa se dibujó en el rostro de aquel ser después de hacerlo callar.

—¡Vaya, hombre, arriesgarte en esta noche! Más por miedo a la suegra que por amor; sin embargo, es el amor el que te guía. Son curiosos los mortales, sin lugar a dudas. Como bien sabes, quien ve las ánimas está condenado a hacerles compañía. Sé de cierto que no fue tu intención pero aquí estás y las reglas son las reglas.

Miguel estaba de rodillas con las manos juntas, mudo, gesticulaba de tal modo que le pareció gracioso al guardián.

—¡Oh, está bien, habla!

—¡Por tu mamacita santa, no me llesves! ¡Por favor! —volvió a enmudecer.

—Está bien. Tu ignorancia sobre mi origen es graciosa. Quisiera seguir escuchando pero necesito terminar mi jornada. El veintinueve de noviembre a las once y media he de regresar por ti. Prepara tu morral, despídete de tu familia, porque he de entregar tu alma al Creador —mientras decía esto le jugaba la cabeza como si se tratara de una mascota, el cabello se le puso totalmente blanco.

—Aunque tal vez pudiera hacer algo por ti. Es raro que logren que sonrías y tú lo hiciste.

—Por favor, dame una oportunidad. Como bien has dicho, soy inocente.

El guardián lo vio tan vulnerable que decidió hacerlo.

—Está bien. Resuelve este acertijo y te salvarás: «Para no perder tu vida, nombrar la vida debes». ¡Ahí está! No lo olvides, regresaré por ti.

El silencio, la oscuridad absoluta y el canaleta sobre el cayuco estaban ahí, como si nada hubiera pasado. Como si estuviera hipnotizado continuó su camino. Llegó al pueblo y fue donde la partera. Eran las tres de la mañana.

Ésta, nada más verlo, preguntó qué le había sucedido. Miguel le contó todo mientras regresaban a su casa.

Cuando llegaron su suegra enmudeció al verlo. Era el mismo Miguel que todos conocían pero el cabello lo hacía lucir como un niño viejo. Después de algunas complicaciones en el parto nació una preciosa niña.

La historia de Miguel se propagó rápidamente. Toda la familia fue a verlo y a despedirse de él. La sentencia estaba dada y hasta ese entonces nadie que hubiera visto a las ánimas se había salvado de su destino.

Pero él no se resignaba. Preguntó a su tía Chona, quien le confirmó las tristes noticias. Decidió comer y beber todo lo que se le antojara. Cargaba a su hija durante horas y le contaba las historias que sabía.

El 29 de noviembre el altar estaba puesto con los morrales. Cada uno de ellos tenía en su interior la mercancía para el viaje de regreso. Desde las frutas hasta el refresco o el pozol envuelto en hoja de plátano. De acuerdo a la tradición, san Pedro preguntaría a su regreso: «¿Qué traes en tu morral?» Y ellos mostrarían que su familia no los había olvidado y esperaban su regreso el próximo año.

El morral de Miguel Niño Viejo era el más grande. Él puso todo lo que quiso, después de todo alguna ventaja había de tener eso de estar vivo.

A las diez de la noche Ana lloraba inconsolable junto a su madre.

Miguel esperaba sentado con su hija en brazos.

—Antes de que te vayas, ¿ya decidiste cómo se va a llamar?

—¿Qué te parece que se llame igual que yo, yernito?

—¡Saco, doña Ulogia! Si se trata de que no se burlen de ella...

—¿Qué dices, infeliz? De cuándo acá me saliste tan bocón...

—¡Desde que me voy a morir! Y más le vale que vaya sabiendo que si sigue con sus cosas voy a regresar a jalarle las patas, ya estuvo bueno de estarle aguantando, vieja molona, por eso mi suegro prefirió morirse antes de seguir...



—Ya cálmate, Miguel, deja en paz a mi mamá, que no es el momento de discutir esas cosas. Estoy de acuerdo contigo, pero ¿qué nombre le pondremos entonces?

En su cabeza daba vueltas el acertijo del ángel y entonces su rostro se iluminó.

—¡Vida! Se llamará Vida.

Todo a su alrededor pareció detenerse: de pie junto al altar estaba el ángel guardián, y se veía complacido.

—¡Muy bien, Miguel! Ya decía yo que algo sonaba en esa cabeza. Por esta ocasión la has librado, espero que a partir de este momento disfrutes cada instante de tu vida. Eres un buen hombre y no dudo de que así será. Nunca deshonres la memoria de tus difuntos, tú has sido testigo de lo que sucede cuando los olvidan. Ahora, adiós. Más adelante nos veremos de nuevo.

Detrás del ángel salieron todas las ánimas de sus seres queridos. Al final, una breve caricia de su madre en la mejilla le hizo saber que todo estaría bien.

—¿A quién se le ocurre semejante nombre? Ya decía yo que este hombre no te convenía, Ana; pero tú no me quisiste escuchar.

—Ya, mamá, si mi esposo dice que se llamará Vida, así será.

—Así es, además del nombre de mi madre.

De esa manera Vida Anacleta de los Santos García Contreras, la hija de Ana la Zarca y Miguel Niño Viejo, fue bautizada, y una nueva historia surgió para contarse el siguiente Día de Muertos.

## DE CÓMO BILLETE BURLÓ AL DIABLO

En medio del gran solar de tierra se encontraba la pequeña casa de tablas; a su alrededor matas de naranja agria, papaya y un gran árbol de guanábana marcaban los límites del terreno. Al interior de la casa, en el centro de la sala, se veía el ataúd de Adalberto, a quien todos conocían mejor por el apodo de Billete.

En el piso de cemento verde, unas oxidadas latas de leche contenían flores silvestres que los pobladores llamaban inmortales; los pétalos eran de forma alargada y cortos; su textura sin embargo era muy parecida a la del junco del petate seco, pero mucho más delgado, de color cobrizo o violáceo.

Cuatro cirios con sus danzarinas flamas en las puntas estaban colocados en el piso, uno por cada lado del ataúd. En una desvencijada mesa de madera adornada con la vieja palia familiar, la figura de la Virgen del Carmen, un Cristo de madera y otros santos cuidadosamente colocados acompañaban a los dolientes en los rosarios.

No se necesitaba invitación para un velorio. El chisme de la muerte de Billete corrió como reguero de pólvora. Todo el mundo conocía su historia así que no se admiraron cuando antes de cumplir los cincuenta años cayó muerto.

—¿Ya supijte, Concho? ¡Se murió Billete, en la tarde!

—¡Sí, eso me acaba de decir doña Pera! ¡Que cayó todo bolo cuando andaba por ancá Pablo Puerco!

—Pero es que era terco, cuántas veces le dijimos: Deja de beber...

—Y te contestaba: ¡Ese Zorro no se va a bebé solo, alguien tiene que hacerlo! Y si al final me voy a morir, ¡puej que sea contento!

—El que por su gusto muere, hasta la muerte le sabe. En fin, saca la baraja que la noche es larga y hay que ayudar en el velorio. Precisamente voy por la tina para los tamales que me acaban de mandar a pedir y luego voy para allá.

—Andá, *puej*, mientras voy por la baraja para armar el conquián.

En el pueblo era casi una tradición que mientras la rezadora se desgañitaba con el rosario para el difunto, los niños corrían por todos lados. Una parte de las mujeres se quedaba contestando el rosario, en tanto el resto se encargaba de ayudar en la cocina. La mayoría de los hombres se quedaba afuera platicando o

jugando baraja; nunca faltaban aquellos que brindaban «a la salud» del difunto.

En cuanto alguien moría, ponían la mesa vestida con la mejor palia que tuviera la familia. Ahí colocaban las veladoras y la canastita para recoger la ayuda que los asistentes llevaran para apoyar a los deudos con los gastos. Algunos daban dinero; la mayoría llegaba cargando un frasco de café, galletas, un kilo de azúcar, cacao, maíz para el pozol o los tamales; en fin, lo que se usa de manera habitual en esos casos. Los hombres acarreaban las sillas desde sus casas para que los asistentes tuvieran donde sentarse y cuando resultaban insuficientes pedían apoyo al comisario ejidal para usar las bancas del salón de reuniones.

Todos conocían a Billete. Desde joven fue mala cabeza para los estudios. Sin embargo nunca lo juzgaron por mala persona. Si veía que alguien venía cargando un bushel pesado, guardaba su pachita y corría a ayudarlo. En un pueblo pequeño como ese, todos conocían a todos. Para Billete todo el mundo era su «tío», «primo» o «abuelo».

Cada fin de mes estaba pendiente en la entrada del pueblo. En cuanto el torton de la coprera se asomaba por el camino le hacía señas a Juventino, el chofer, para que lo dejara subir. Una vez arriba lo acompañaba hasta el crucero de la playa; se trepaba al borde de la caja del enorme camión pintado de verde y comenzaba a gritar:

—¡Ya vinieron por la copra! ¡Saquen sus busheles! ¡El tiempo es oro!

La fila para pesar los costales era larga. En un libro tipo diario el representante de la oleaginosa, junto al comisario ejidal, anotaba el nombre del productor, peso del costal y lo marcaba. Mientras tanto Adalberto ayudaba subiendo y acomodando la carga en el fondo de la caja. Así se ganaba la propina que le daba el chofer porque para los pobladores los pagos eran después.

Terminado ese cruce de camino avanzaban hasta el siguiente y así hasta llegar a las casas de la entrada. Para cuando eso sucedía la caja del tráiler iba repleta de costales, tanto que había que colocar la lona encima para contener los que ya no entraban en las paredes de la caja.

Es ley de la vida envejecer. Y eso, como a todos, le pasó a Adalberto o al menos eso decía él. Convertido en un teporocho pasaba apenas de los cuarenta años, aunque su aspecto haría creer que tenía sesenta.

Un Viernes Santo había terminado la tarde de playa para los turistas y para aquellos irrespetuosos de los días de guardar, como les llamaban los creyentes católicos del pueblo. Adalberto tuvo un día muy atareado pidiendo dinero a todo aquel que encontró a la orilla del mar. Con lo que recogió se fue al

restaurante de la playa, pidió una ollita de caldo de robalo y una cerveza bien fría. Dudando que tuviera para pagar, el dueño pidió el dinero por adelantado. Pagó y con tristeza vio que no sobró gran cosa. Pero qué importaba eso. El fin de semana era joven. Comió como no lo había hecho en mucho tiempo. Se dispuso a seguir su labor con los que aún quedaban en la playa disfrutando ese grandioso ocaso, tratando de escuchar tal vez el sonido que, según algunos fantasiosos, se produce cuando el sol y el mar se tocan en el horizonte.

La noche lo sorprendió con una tremenda cruda, producto de tanto sudar y de la digestión de los alimentos. Con mucho cuidado para no desperdiciar ni una sola gota, vació en un envase la cerveza de las botellas dejadas por los visitantes en la arena. Los casi tres kilómetros que separaban la orilla de la playa donde se encontraba hasta la entrada del pueblo tendría que recorrerlos caminando; entretenido como estaba no se percató cuando el último ejidatario con carreta abandonó la playa. Poco convencido enfiló sus pasos de regreso.

Había recorrido un trecho del camino cuando las últimas gotas de la cerveza recogida fueron lamidas del interior del pico de la botella como si se tratara de un elixir maravilloso. Sentía morir de sed, pero beber agua no era una opción. Necesitaba un trago con urgencia.

—Sería capaz de vender mi alma al diablo por un trago —balbuceó—. ¡Bueno, por un trago no, tal vez dos! —y sonrió. Entonces exclamó desafiante mirando hacia el mar que dejaba atrás:

—¡Vendería mi alma al diablo si me concediera dinero para comprar todo el trago que pudiera beber durante un año!

Siguió el camino, riéndose de su ocurrencia.

Avanzó unos cuantos pasos cuando vio a un desconocido que venía en dirección a él. Vestía una estrafalaria camisa con figuras de gallo, pantalón negro y un sombrero tipo panameño con el ala inclinada hacia la frente, que sólo permitía apreciar un poco su cuadrada barbilla. Al cruzarse, el hombre lo saludó:

—Buenas noches, amigo.

—Buenas noches —contestó.

—¿Qué haciendo tan solo por estos rumbos, y a esta hora, en este día? —preguntó el extraño.

—¡*Puej* ya ve, caminando muerto de sed! ¿No traerá de casualidad una moneda que me regale?

—¿Y para qué la quiere?

—¡Hombre!, ¿para qué ha de ser? ¡*Puej* para beber!, ¿para qué *máj*? El dinero

no compra la felicidad, a menos claro está, que lo que te haga feliz sea el trago — se reía a tambor batiente.

—Vaya que es usted ocurrente, amigo. Oiga, ¿sabe que no es bueno andar solo en esta noche cerca de la playa y a oscuras? ¿Qué no le enseñaron que esta noche el malo anda suelto? —dijo el desconocido con una pícaro sonrisilla.

En medio de risas Adalberto contestó:

—*Puej* si usted lo encuentra primero, dígame que aquí ando, que estoy dispuesto a venderle el alma si concede mi deseo.

—¿No tiene miedo de que se le aparezca?

—¡Para morir nacimos! ¿Qué importa la forma? Además, soy sólo un pobre borrachito; mi alma no vale gran cosa.

—¡Muy bien, esa es la actitud! Ahora dime, si se te apareciera... ¿qué querrías obtener a cambio de tu alma? ¿Un trago o dos?

—No, mi estimado. Si me voy a vender lo haré bien vendido. Soy borracho por decisión, pero no tonto por elección.

—Pide, tu boca es la medida.

—Toda mi vida me ha gustado el trago, para qué maj que la verdad. Pero siempre me ha escaseado el dinero. Lo único que quiero es poder comprar todo el trago que pueda beber cuando desee beberlo. Ya he vivido demasiado y estoy cansado. Además, a nadie le gusta mi forma de vivir. ¡Quiero tener billete para comprar todo lo que quiera beber durante un año! ¡Ese es mi precio!

—Muy bien, así será. Ahora venga esa mano. Sólo hay una condición, a nadie podrás decir esto, si lo haces, de inmediato vengo por ti.

—¡Venga, puej, qué *máj* da!

—Trato hecho. Me voy porque tengo prisa. Tengo varios pendientes urgentes que atender en la playa —soltó una carcajada.

Estrecharon las manos y aquel hombre se alejó caminando, dejando tras de sí un extraño olor que Adalberto no notó debido a su propio aliento alcohólico.

Resignado a no seguir la fiesta esa noche, decidió dormir la mona recostándose en el tronco de un cocoíte del potrero que tenía a un lado.

A la mañana siguiente, Adalberto se despertó al sentir unas insistentes y húmedas caricias en su cara. Abrió los ojos y vio la lengua de una vaca deleitándose con lo salado de su rostro; la ilusión de que fueran los besos de una mujer terminó de golpe. Aún recordaba el juego de palabras que sostuvo con el bromista de la noche anterior.

Pasó por la tienda del crucero de la playa esperando convencer al dueño de

darle un refresco a cambio de las moneditas que le quedaban y con la promesa de pagar el resto en cuanto lo tuviera. El tendero lo conocía y le daba pena verlo así. Sabía que darle el refresco a cambio de nada sería el inicio de constantes visitas sin ganancia alguna.

Cuando se metió la mano a la bolsa del pantalón para mostrar que no tenía nada salió un pedazo de papel. Grande fue la sorpresa cuando al desenrollarlo se transformó ante sus ojos en un billete de cincuenta pesos; tal fue su alegría que en lugar de comprar un refresco se fue a la cantina del río. Hacía tiempo que no tenía crédito ahí, pero animado con el billete en la mano no sintió el resto del camino. Pidió tragos para todos y se burlaron de él. Cuando vieron que de la bolsa del pantalón sacaba el billete, las burlas cesaron y entonces se rodeó de amigos.

Una vez que el dinero se acabó, tomó un pedazo de papel que estaba tirado en el piso, lo frotó entre sus manos y descubrió que entre más sucios los recogía de mayor valor era el billete en el que se transformaban. Pronto su fama se extendió y poco a poco su nombre se fue olvidando hasta que todos terminaron por decirle simplemente Billete.

Trescientos cincuenta días pasaron así. Entre grandes farras e incontables amigos de parranda. No había pasado uno solo de esos días sin que tomara trago hasta perder la conciencia. Si alguien preguntaba de dónde salía tanto billete, respondía invitando más tragos y así se olvidaba la pregunta.

En el día trescientos cincuenta y uno, extrañamente no ingirió alcohol durante la mañana. Se dirigió hacia la tienda de don Chon, le cambió dos botellas de Don Pedro por unos metros de tela de satín blanco «del bueno» y dos metros de cordón dorado; pidió que los envolvieran cuidadosamente. De ahí se fue a la casa del sastre. Al salir pasó y compró un litro de aguardiente y el día siguió como de costumbre.

En el día trescientos sesenta pasó frente a la iglesia del pueblo y se quedó parado en el atrio, pero no entró. Al día siguiente llegó hasta la puerta. Por fin al otro día entró y al verlo el sacerdote se acercó a él. Billete salió corriendo.

En el día trescientos sesenta y tres, decidido, entró hasta la sacristía. Buscó al párroco. Nunca hizo la primera comunión, así que tampoco tenía derecho de confesión. Pero el sacerdote al verlo tan desesperado le juró que no diría nada a nadie. La cara que el sacerdote puso conforme avanzaba en su relato era de asombro: se persignó varias veces en ese rato. Al final le dio un consejo y Billete salió de ahí con un gesto de satisfacción.

En el día trescientos sesenta y cuatro Billete se bañó y se puso la única ropa limpia que había conseguido desde que hizo el pacto. Dirigió sus pasos hacia la iglesia, se arrodilló y se tiró con el rostro hacia el piso, abrió los brazos en cruz, dijo algo muy breve, se levantó y salió con una gran sonrisa en el rostro.

Por fin llegó el día en que el pacto se cumpliría, fue con el carpintero y le dio en pago unas cuantas botellas de licor del fino por una sencilla caja de madera. Recogió sus pasos por las cantinas que habitualmente visitaba, departiendo con todos los que estaban ahí.

Y justo a la medianoche cayó muerto a la orilla del río. Sus habituales compañeros iban con él, lo levantaron para llevarlo al médico mientras lo borseaban buscando el dinero que nunca encontraron.

Al saber la noticia, el sastre y el carpintero aparecieron. El vigilante del panteón también. Le notificaron a la familia que había dejado todo listo. Tal vez lo presentía, dijeron.

En fin, rápidamente se organizó el velorio. Afuera los hombres descansaban del fogón o jugaban conquián, póker o cualquier juego que se jugara con barajas. Las mujeres en la cocina, que tradicionalmente era fuera de la casa, platicaban mientras unas molían, lavaban maíz o limpiaban hojas de tó para los tamales.

En el interior se oía la chillante voz de la rezadora.

—Torre de marfil.

—Ruega por él —contestaban los demás.

—Casa de oro.

—Ruega por él.

—Arca de la... ¡Ave María purísima! ¡Vade retro, Satanás!

—Eso no va ahí... ¡Santa madre de Dios! ¡Corran! ¡Se levantó el muerto!

Salieron despavoridos y algunas mujeres cayeron desmayadas por la impresión. Unos niños gritaban, otros lloraban. Los hombres afuera, al ver semejante alboroto, entraron a la vivienda. Para su sorpresa encontraron a Billete sentado en su ataúd con una expresión de tranquilidad que espantaba.

Cuando el desconcierto por la situación pasó y los ánimos se habían calmado, Billete relató lo que había sucedido.

Contó que efectivamente había muerto. Describió que caminó en medio de un túnel que terminaba en una enorme luz brillante. Al pasar la luz había un hermoso jardín situado detrás de unas gigantescas rejas doradas. En ellas había dos guardianes. Al llegar a ellos le preguntaron su nombre, se los dio y entonces lo buscaron en un libro enorme. Cuando al fin localizaron su nombre le dijeron

que debió arrepentirse y cumplir con sus sacramentos. Que esa faramalla que hizo en la iglesia no contaba porque jamás sintió arrepentimiento. Además lo regañaron por haberse puesto un ajuar mortuario blanco indebidamente a sabiendas del pacto que había hecho. Él tenía que haberse puesto un ajuar negro y un mecate en lugar de cordón dorado.

En fin, que por eso lo habían retachado. Para que se cambiara de ropa, pidiera compasión y rogara con muchas misas para que su tormento fuera menos, y su salida del Purgatorio para ser recibido en el Cielo pudiera proceder.

Un pequeño detalle al hacer el pacto hizo que le dieran esa oportunidad. El Diablo tenía tanta prisa esa noche, por tanto trabajo, que no reparó en hacer que Billete, el insignificante teporocho, firmara con su sangre el contrato y todo fuera formalizado; quedando todo en un simple apretón de manos, un detalle burocrático lo había salvado del fuego eterno. Como nunca había hecho daño a nadie, purgaría la condena respectiva por su error y santo remedio. Eso sí, a cambio tenía que pedir que intercedieran con oraciones por su alma.

Ni tardos ni perezosos, sus familiares consiguieron una tela cruda de color negro. Cortaron un pedazo de mecate para colocarlo como cincho y el sastre trabajó rápido en el batón. Mientras tanto, Billete utilizó la limosna recolectada para pagar por lo menos unas cuantas misas. El sacerdote no estaba en el pueblo, por lo que el sacristán se encargó de recibir el recado.

Dicen que de los arrepentidos es el reino de los cielos. Y parece que Billete no captó el consejo. Porque del mandado de las misas, uno de sus incansables amigos de parranda le compró una pachita por encargo suyo, que guardó entre sus ropas.

Billete se despidió de sus amigos y familia. Se puso la túnica, se metió al cajón y le dio un trago a su pachita antes de acomodarse en el ataúd; mientras lo hacía gritó:

—¡Vida sólo hay una, pero muerte también! Y si nos hemos de ir de aquí adonde nos toque, pues que sea a lo grande, disfrutando hasta el final.

Amarró el mecate de la cintura y de inmediato se murió.

Los rezos continuaron toda la noche, la comida fue repartida y finalmente dos días después, por si las dudas y lo retachaban de nuevo, Billete fue enterrado.



## ENGAÑO

El sacerdote pospuso durante toda la mañana visitar la casa de aquel hombre que todos juraban tenía por oficio servir al demonio. Desde que había llegado al pueblo hacía unos meses, fue advertido por las devotas de la parroquia de la Natividad de María Santísima.

Aquellas mujeres juraban que «el brujo» era capaz de transformarse en un enorme zopilote de plumaje negro irisado que, contrario a la mayoría de esas aves que tenían la cabeza y el cuello gris pizarra, desprovistos de plumas, éste ostentaba en la parte más alta una coronilla de plumillas gris claro y se posaba en la casa o un árbol del patio de la víctima de sus maleficios, para velar que el trabajo fuera finalizado; estando ahí, emitía durante toda la noche un siseo gutural semejante al sonido de la banda que utiliza un afilador para girar la lima, y al día siguiente la víctima encontraba la muerte.

Decían que con él no se jugaba. Pobre del infeliz que le encargaran para «trabajarlo» o, peor aún, de cualquiera que se atreviera a dudar de su poder o infringirle alguna ofensa.

No obstante la suerte le jugó una mala pasada. Uno de sus últimos trabajos causó la ira de algunos pobladores de la villa próxima; durante meses planearon todo sin contar a nadie sus intenciones. Se dedicaron a buscar el lugar donde el brujo dejaba su pellejo al transformarse. Lo más cerca que estuvieron fue cuando un niño que se había metido a robar mangos a un terreno cerca del río contó en su escuela que había visto cómo un enorme zopilote se metía entre un montazal y decía «sube, pellejo»; al averiguar más, apareció un hombre desnudo en el lugar donde vio el ave, terminando de ajustarse la piel de la cara igual que si se tratara de una máscara.

Acudieron al sitio señalado por el chico. No encontraron más que unas plumas negras tiradas en el monte. Hicieron guardia durante días; tenían un costal de sal con ellos, en el momento en que el brujo dijera las palabras «baja, pellejo» para despojarse de la piel humana y transformarse en zopilote, ellos llenarían el cuero con sal; los intentos que hiciera el brujo para volver a calzar su cuerpo serían infructuosos, atrapada su alma en el cuerpo del zopilote no podría proferir

ningún conjuro y así, le darían muerte.

El rumor había llegado a los oídos del brujo, quien planeó su venganza. Apareció la última noche de ese mes en la vereda del camino del río. Los frustrados vigilantes se alegraron de que, por fin, su espera daba resultado.

El plan del brujo era sencillo: dejar que se acercaran para tirar polvos de maleficios en ellos y así todo se acabaría. Pero no contó con el vecino del terreno. Creyendo que le iban a terminar de robar sus gallinas, vio la silueta a lo lejos brincar el alambre del cercado, sacó su viejo rifle para asustar al extraño sin contar que por única ocasión soltaría un tiro que se alojó en el tórax del malvado.

Los que esperaban escondidos huyeron al escuchar el disparo cerca de ellos y el brujo fue auxiliado por su victimario, quien lo trasladó hasta su casa. Viendo la muerte a los ojos se arrepintió por todo el mal hecho y suplicó por la presencia del sacerdote.

Al pasar las horas y al ver que el sacerdote no llegaba, quiso burlar su destino y pidió ser enterrado con la cabeza en posición contraria a la salida del sol.

Había estudiado largamente la situación y según sus cálculos, cuando Dios levantara a los vivos y a los muertos en la segunda venida de su hijo Jesús, lo haría, según las escrituras, por donde sale el sol. Por lo tanto, al levantarse de la tumba su rostro no sería visto y así sería confundido con el resto y alcanzaría la gloria eterna.

El sacerdote iba de camino después de pensarlo tanto. Para cuando llegó encontró al carpintero tomando medidas. Al final su presencia ya no fue requerida.

## Contenido

<u>LA MALDICIÓN DE ENOC</u>	<u>5</u>
<u>EL RÍO</u>	<u>14</u>
<u>NIÑO VIEJO</u>	<u>24</u>
<u>DE CÓMO BILLETE BURLÓ AL DIABLO</u>	<u>35</u>
<u>ENGAÑO</u>	<u>46</u>

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero  
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo  
Subsecretaria  
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova  
Subsecretaria  
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy  
Titular de la Unidad de  
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres  
Directora General  
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez  
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández  
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta  
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa  
Subsecretario de Fomento  
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña  
Director de Publicaciones  
y Literatura



*Historias del río*, de Eliannet Paola García Hernández, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Roboto. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.